VII

... SALVO LA HONRA

Cuatro semanas habían transcurrido desde que el joven oyó alejarse en la antecámara de su casa el paso irritado del jefe de la casa de Claviers-Grandchamp, sin que lo llamara para decirle la verdad, para impedir esta monstruosa injusticia : ¡las deudas de sus imprudentes, pero generosas, pero caballerescas prodigalidades pagadas con el dinero del amante de su mujer! Landrí se hallaba, al cabo de aquellos veintinueve días, en el mismo sitio y á la misma hora, en medio de los mismos objetos familiares en que se había cumplido su arresto. Ya estaba libre. La víspera, había sido condenado, por el consejo de guerra, por cinco votos contra dos, á quince días de prisión, con beneficio de la ley de aplazamiento. De regreso á Saint-Mihiel, había hallado en su casa un comunicado oficial que le significaba que « por decisión presidencial, con fecha de aquel día, el teniente de Claviers-Grand-

champ quedaba privado de empleo y sueldo ». Aquel papel era el verdadero *aquí yace* del soldado; lo era mucho más que la orden de arresto del coronel. Landrí cogío el papel, lo hizo una bola entre sus manos, y lo tiró. Sólo le preocupaba un telegrama que no cesaba de leer, sentado, con la cabeza apoyada en la mano, en la misma mesa y en la misma postura que el marqués aquel día, en tanto que su ayuda de cámara y su ordenanza iban y venían, ocupados en hacer los baúles. Landrí regresaba á París por el tren de la noche. El telegrama que tanto le absorbía estaba firmado por el mayordomo del señor de Claviers. Era la contestación á la sola carta escrita por Landrí al marqués desde la última entrevista. Habíasela dirigido al salir del consejo de guerra, para anunciarle el fallo. Había en la carta una alusión muy atenta, pero muy neta, á su proyecto de matrimonio, y añadía que se proponía ir á París, á menos que « su padre » — seguía llamándolo así — opusiera alguna objeción. El telegrama de contestación decía : « El señor marqués, obligado á salir para Grandchamp, me encarga diga al señor conde, en contestación á su carta, que lo espera en el hotel del faubourg Saint-Honoré, mañana. — Garnier. » Aquella misiva tan voluntariamente impersonal probaba que seguía tan resentido el marqués :

— ¡Y, no obstante, quiere verme!... se decía Landrí. Bien triste va á ser la nueva entrevista; pero le debo el no sustraerme á ella.

Tan pronto como recibió aquel telegrama, empleó

todas las energías de su alma en meditar si lo hecho por él hasta entonces no debía ser continuado; y llegaba siempre á esta doble necesidad: silencio y separación, separación y silencio. También pensaba en lo abominable de aquel testamento; y que era menester seguir siendo cómplice, para no cometer un crimen más abominable: destrozar el corazón de un hombre leal y deshonrar á su propia madre. No se le quitaba de la imaginación la estratagema empleada por su verdadero padre para dejarle á él su fortuna. Nada distraía á Landrí de todos estos pensamientos: ni los interrogatorios de la sumaria formada contra él, ni las conferencias con su abogado, ni la comparecencia ante sus jueces, ni las manifestaciones provocadas por su acto. De toda Francia habían acudido testimonios de simpatía: de oficiales superiores, de compañeros, hasta de simples soldados. También recibió una carga de cartas injuriosas. Probaba esto que el marqués de Claviers tenía razón: la negación ante la puerta de iglesia que había que derribar, al exasperar á los enemigos del ejército, correspondía verdaderamente á una necesidad profunda de la conciencia militar. ¡Ay! aquello no era más que una simulación. El oficial había obedecido á un sentimiento que ninguno de sus admiradores ó insultadores podía siquiera sospechar. Elogios y críticas lo dejaban indiferente. Únicamente las cartas de la viuda habían dado con el secreto de comunicarle un poco de cariño. Cada día recibía una. Sin duda se daba cuenta, la simpática mujer, de que lo había herido,

el primer día, al hablarle del señor de Claviers, pues no lo había vuelto á nombrar. — Le habrán dicho lo de la herencia, y habrá comprendido, pensaba Landrí. Y así era. La señora de Privat, después del entierro de Jaubourg, para lo cual había ido á París, visitó á Valentina y le contó, con la acritud de una parienta frustrada en sus esperanzas, el testamento de su primo. — Nada había contestado la viuda, pero su corazón se angustió. El recuerdo de la actitud de Landrí, en la última entrevista de ambos, le había hecho penetrar la terrible verdad. Su afecto se había dulcificado más, resultaba más cariñoso á través la distancia; y horas antes de regresar á París, inclinado sobre aquel enigmático telegrama, el oficial condenado evocaba, para dominar su turbación, la imagen de su única amiga, la prometida y la consoladora.

— La veré de nuevo mañana... se decía. Podré guardar el secreto que el honor me manda guardar, y ella leerá en mí, me compadecerá. ¡Me ama!... *Él* va á pedirme que renuncie á ella. He resistido contra el primer asalto; estoy seguro de tener más fuerza contra el segundo... Pero, ¿será de eso de lo que quiere hablarme?... ¿Y de qué podría ser?...

Ya, en esta pregunta que nacía sola en el pensamiento de Landrí, otra hipótesis se había desarrollado. Si era cierto que la viuda había oído hablar de las asiduidades de Jaubourg para con la señora de Claviers — cosa de la que estaba como seguro — otras personas estaban en el mismo caso, y charla-

ban de aquello. Tal fué el primer pensamiento del hijo después del sobresalto de la revelación. El testamento de Carlos Jaubourg había debido de despertar todas las críticas adormecidas desde hacía tiempo. ¿Quién sabe si no había recibido cartas anónimas el marqués, si no había concebido sospechas? Un detalle, más que todos los demás, entre los incidentes de aquellas cuatro semanas, había extrañado á Landrí. Al meditar sobre el sentido del telegrama recordó dicho detalle, dándole de repente suma importancia. ¿Cómo era que el señor de Claviers no había puesto en ejecución uno de los proyectos de la entrevista de ambos : la elección de un abogado? El motivo que lo hacía irreconciliable tocante al matrimonio con Valentina era el respeto, el culto, la idolatría de su apellido; ¿no debía, el mismo motivo, haberle hecho perseverar en su idea inicial? El heredero de aquel apellido iba á ser llevado ante un consejo de guerra : era esto un hecho público, que nada tenía que ver con el resentimiento privado. ¿Cómo es que no había tenido empeño el « Emigrado » en que el inculpado fuera defendido sobre el terreno del principio al cual consagraba su vida : la honra del noble? No era necesario, para eso, entrar en comunicación con su hijo; bastara con enviarle al joven un defensor bien « preparado » por el marqués. Nada de esto hizo el señor de Claviers. Habíale sido preciso á Landrí dirigirse al notario Metivier, el cual le había enviado uno de sus parientes, abogado distinguido, pero puramente profesional. El marqués y dicho abogado no se habían visto.

¿Por qué? ¿Significaba aquello que un acontecimiento nuevo había sobrevenido? ¿Cuál? ¿Una sospecha? ¿Ó es que bastaba la potestad paternal ofendida para explicar aquella abstención? Sintió Landrí tal necesidad de creerlo, que fué á tomar, entre los libros ya embalados, la obra en donde estaba recogida la esencia de las ideas del marqués : *la Historia y la Genealogía de la casa de Claviers-Grandchamp*. Sólo el título le hizo estremecerse, pero recordaba haber leído una nota que le era preciso encontrar. Ya que la tuvo la leyó detenidamente, queriendo ver en ella una explicación de la actitud del Feudal, herido en una de sus convicciones más íntimas. Era un fragmento de una arenga pronunciada en 1783, por el elocuente Duveyrier, ante el Parlamento de París. El señor de Claviers citaba aquel pasaje con motivo de la severidad de uno de sus antepasados para con un hijo suyo, un segundón; con un comentario entusiasta y subrayando los últimos renglones como para apropiárselos. Duveyrier sostenía la denuncia de un padre en justicia contra su propia hija. « ¿Es posible, decía, es posible considerar, sin afligirse, qué intervalo inmenso nos separa de aquellos que nos han transmitido nuestras leyes? ¿Por qué grados de debilitación hemos sustituído á aquella energía del alma, á la fuerza de la verdadera virtud, una sensibilidad ficticia que se asusta del menor esfuerzo; no esa sensibilidad sana, inseparable de la humanidad, que compadece al criminal al mismo tiempo que castiga el crimen, sino esa flexibilidad del carácter, esa

blandura del corazón, que nos hace comprar con nuestra indulgencia la indulgencia de los demás y que llamamos sensibilidad para legitimar nuestra debilidad, y hasta para ennoblecerla, si posible fuera... En los últimos tiempos de la República, en momento en que la discordia introducía la depravación, Aulo Fulvio sale de Roma para seguir á Catilina. Su padre le llama. Aquel ciudadano rebelde á la patria es todavía hijo respetuoso. Obedece; viene á sufrir el juicio de muerte pronunciado por su padre. Nuestros antepasados admiraban ese ejemplo de una virtud sublime. Nosotros lo creemos severo. A nuestros nietos les parecerá bárbaro. *Comenzamos á extrañarnos de que un padre ejerza el derecho que la ley le concede, de vengar su honra burlada, su autoridad despreciada. Acabaremos por retirarle ese derecho. De la imposibilidad de castigar á los hijos nacerá el desprecio del padre, la insubordinación, la rebelión y la universal anarquía...* »

— Así piensa él, en absoluto, concluyó Landrí cerrando el grueso tomo. Basta con esto para que mi resistencia lo haya exasperado, y que no quiera ocuparse más de mí hasta que baje la cabeza... Desea verme mañana para esos asuntos que me ha comunicado por medio del notario. No hay que buscar otras razones á su deseo de separar nuestros intereses; aquí mismo me ha declarado su resolución. Sólo eso prueba que considera mi falta como un crimen... ¡Cuánto debiera yo de felicitarme de que tenga ese rigor en sus convicciones!...

Esta explicación era muy plausible. No apaciguó la vaga inquietud producida en Landrí por el telegrama. He ahí por qué el notario le había enviado, unos quince días antes, varios papeles para que los firmara, acompañándolos de una larga carta, más personal. En ella decía que aprobaba aquella separación de fortunas entre el padre y el hijo, viendo en ello felices señales para el porvenir. Añadía que el señor de Claviers había, por consejo suyo, confiado la liquidación de sus deudas á un antiguo empleado suyo, un tal señor Cauvet, abogado particularmente dedicado á asuntos notariales. Dicho Cauvet había, casi en seguida, descubierto una grave irregularidad. Chaffin había sido despedido. « Acaso el señor marqués, hacía observar el prudente Metivier, haya estado un poco duro. Aunque muy probable, no había sido probado el fraude de una manera positiva... »

— Resulta que tenía yo razón, pensó Landrí: también Chaffin traicionaba. — También pensaba que su padre, violento por temperamento, se habría exacerbado al descubrir aquella infidelidad. Había echado á Chaffin: bien; pero, ¿y las consecuencias? Recordaba Landrí que el hijo de Chaffin, Pedro, el médico, había asistido á Jaubourg en su última enfermedad y en sus últimos momentos. ¿Habría repetido á su padre lo que oyera, y el padre, para vengarse, lo habría repetido á su vez?... ¿Habría escrito al interesado?... No, se contestó Landrí. Chaffin ha podido ser tentado por el dinero que pasaba por sus manos, y volverse ladrón. Pero no es un monstruo. Y, en cuanto á Pedro, es médico. Aún quedan, y

muchos, los médicos que saben guardar secreto. Nada ha podido producirse por este lado, ni por otro... ¡Basta con nuestra conversación del otro día!...

Á pesar de sus razonamientos, aquella entrada en París, en aquellas condiciones, y llamado por aquel telegrama, dábale al joven verdadero susto. Salió, para que el aire libre le despejara la cabeza y le cambiara las ideas. Hizo algunas visitas de despedida, y, hecho que probaba bien el cambio efectuado en él : ni un minuto sintió nostalgia por la profesión que tan grata le era antes. Sólo una preocupación tenía : saber si había llegado á sus compañeros la noticia del testamento infame, y qué pensaban. Landrí había sabido vagamente, en otro tiempo, que el comandante Privat era primo lejano de Jaubourg. No bien puso el joven el pie en la acera, al salir de su casa, que recordó aquello. Dicho oficial había tomado su retiro el invierno anterior; seguía en correspondencia con algunos compañeros : ¿les había anunciado aquella noticia? ¿Y con qué comentarios? En caso de afirmación, ¿qué juicio les merecía, á tantos corazones rectos y sencillos, de lealtad intransigente, la noticia de la aceptación del señor de Claviers? Semejante idea no es de las que permiten otras. Los cuadros de actividad militar que veía no atormentaban á Landrí; pudo, sin dolor alguno, pasar por delante de la puerta del cuartel en donde días antes había entrado con el firme deseo de conservar su uniforme. Vió á varios soldados de su pelotón, mandados por su sucesor, que precisamente montaba Pantera, ya dócil y sumisa, y muy linda. Reconoció el perfil insolente y zumbón de Baudoin, la cara ya menos franca de Teilhard, sin duda ganado de nuevo á la anarquía. Esta es una de las mayores tristezas que pueda sentir un verdadero jefe : ver falsearse en otras manos la herramienta viva que ya en sus manos prometía tanta utilidad. Apenas si lo sintió Landrí; pero, en cambio, sintió verdadero alivio al ver que ni Despois ni Vigouroux, los dos primeros oficiales á quienes visitó, sospechaban siquiera lo de la herencia del primo de Privat. Tuvo valor suficiente para nombrarles el antiguo comandante, á uno y á otro; y se veía claro que, desde hacía algunos meses, ni se acordaban de él : otros quebraderos de cabeza tenían; se los confiaron á Landrí, cada cual á su manera.

— Ya no puede usted soñar con ser nada en el ejército, le dijo Despois; usted, tan buen oficial, qué lástima... Eso es lo que reprocho sobre todo á los desdichados que nos gobiernan : el no comprender que, en el ejército, no basta con poner á otro hombre cualquiera en el lugar de uno excelente quese va... Y usted es un hombre. ¿Un hombre? Un verdadero hombre, en campaña, no vale diez, veinte, cien hombres : vale mil... ¡Y que no comprendan, los tiranos que nos gobiernan, que un hombre que se niega á derribar una puerta de iglesia, porque tiene escrúpulos, es precisamente un hombre que no conspirará jamás!... También yo me iré, y pronto... no creo que pueda aguantar esto.

Ayer, las iglesias; mañana, arreciar contra obreros en huelga: esta segunda campaña es tan indigna del soldado como la primera. El ejército puede ser empleado, por excepción, á asegurar la ejecución de las leyes. Pero sólo por excepción. El ejército tiene una misión: la guerra y no la policía. Nuestros políticos odian la guerra, viril y santa escuela de heroísmo. Les gustan las brutalidades en la calle. Sin ir más lejos, hablan de enviarnos, esta semana, á las fábricas de Apremont... ¡Hágannos una política de paz al interior y de dignidad altiva el exterior, señores gobernantes!... Adiós, Claviers. Deseo que nos volvamos á ver en donde usted adivina, al lado uno de otro, y dando carga al enemigo... Pero ¿habrá jinetes que nos sigan?... Digo mal. No hay derecho á desesperar, tan cerca de la patria de Juana de Arco. Pero conste que me duele mucho ver que se va usted.

— ¿De modo que lo han desmontado á usted, mi buen Claviers? le dijo Vigouroux. ¡Vaya unos...! soltó el teniente de dragones, que era soldado á la manera de Kleber y de Cambronne, y que tenía frases harto vivas. ¿Si le dijera á usted que he estado á punto de que me suceda lo mismo?... Como usted me oye. ¿Y por qué? Por las dos ó tres frases que cambié con usted á nuestro regreso de Hugueville. Y que no tardó la cosa. Aquella misma tarde, el coronel me manda llamar: ¿Es cierto, me dice, que ha felicitado usted públicamente al señor de Claviers?

— En efecto, he hablado con el señor de Claviers,

pero á solas, y fuera del servicio; y si alguien pretende haber asistido á nuestra cortísima conversación, ese alguien ha mentido. — El coronel vaciló un minuto; aunque tiene las ideas que usted sabe, es bonachonote. Y, además, amigo mío, que mi apellido y el del coronel, no se llevan nada; en tanto que un Claviers-Grandchamp... — Bueno, dijo, pase por esta vez; pero tenga usted menos suelta la lengua, joven; porque pudiera usted dar con un coronel menos complaciente. — En efecto, no ha sucedido nada. Pero, ya ve usted: diez minutos de conversación, y ya alguien había dado el soplo. — De todas maneras, digan lo que digan el coronel Charbonnier, y sus soplones, le felicito á usted de nuevo y le autorizo á repetir por todas partes que Vigouroux le ha gritado á usted dos veces: ¡bravo!

¡Privat no había escrito nada! Esto es lo que sacaba en claro Landrí de sus dos visitas. Más tarde habría de recordar más de una vez las fisonomías de Despois y de Vigouroux, manifestándole, cada uno á su manera, su repugnancia; mas, por ahora, sólo pensaba en su entrevista con el señor de Claviers. Sentía como un ardor molesto; ardor que aumentaba cuanto más se acercaba el momento en que tendría que hallarse frente al marqués. Sólo á éste veía, en todas partes, en la calle, en su casa, como aquel día, ante la iglesia, en el momento de dar la orden de tirar la puerta. Lo veía en el compartimiento del tren, mientras pensaba en las palabras que iba á oir, y en las que contestaría. Lo veía en

París, en el momento de su llegada ante el hotel del Faubourg-Saint-Honoré, el cual hotel renovó sus dolores. No había vuelto á penetrar en aquella morada desde el día en que, al bajar del tren, subió á vestirse, antes de subir á casa de Valentina para pedirle su mano : ¡ víspera del día del fallecimiento de Carlos Jaubourg ! Todo indicaba que las costumbres seguían siendo las mismas, en aquella casa señorial, las que siempre conoció él. El viejo portero le saludó, desde el umbral de su aposento, con la misma fisonomía deferente y familiar. Los mismos mozos de cuadra estaban limpiando los mismos coches. Garnier, el mayordomo, que parecía tener peluca empolvada, tan blanco era su pelo, le recibió desde lo alto de las gradas, después de haber sido anunciada su llegada con las mismas campanadas y con la misma etiqueta que de costumbre.

— ¿Sigue bien el señor marqués? preguntó Landrí. Y su corazón sintió profundo alivio, como la víspera, con Despoix y Vigouroux, cuando el criado le hubo contestado :

— Sí, señor conde, muy bien. El señor marqués ha ido ayer á Grandchamp, para cazar, en compañía de algunas personas.

— ¿Está cazando?... pensó el joven ; luego no ocurre nada extraordinario. Será únicamente para hablarme de cuestiones de dinero. Y añadió, en voz alta : Hágale preguntar si puede recibirme á las diez.

Aquella ceremonia en las relaciones entre padre é hijo no tenía tampoco nada de anormal. Si la cortesía convencional, que es de tradición en las familias de antiguo estilo, aparece como una molestia en ciertos momentos, en otros resulta singularmente bienhechora ; asegura el anónimo, muy necesario cuando se sufre. Nadie, en la casa, sospechaba que entre el marqués y Landrí se preparaba una de esas escenas que son una fecha solemne en dos existencias. Pero, Landrí mismo, ¿ sospechaba acaso hacia qué explicación se adelantaba, cuando, á la hora dicha, bajó de su cuarto para entrar en la biblioteca en donde el señor de Claviers le había mandado á decir que le esperaba ?

El marqués estaba en pie ante la enorme chimenea, de espaldas al fuego, cuya clara llama subía alrededor de un verdadero tronco de árbol. Ante aquella chimenea monumental, y á pesar del traje moderno, era, en aquel minuto, más « antiguo retrato » que nunca. Sólo que era el retrato de un hombre que vivía horas de un tremendo martirio. El jefe de familia que en aquel momento esperaba al heredero de su nombre, en aquella vasta pieza cubierta de libros, era un anciano. Su tez encarnada, veteada de manchas lívidas, sus párpados ajados, las arrugas de su frente, decían los insomnios de aquellas cuatro semanas. El tan alegre brillo de sus profundos ojos azules había sido sustituído por una mirada llena de fiebre, en la que se adivinaba su suplicio íntimo, en aquel momento, pues la altivez que conservaba la fisonomía indicaba que el noble no se había rendido, y que ante otro testigo que no fuera Landrí, habría sabido ocultar su